

# Uriel Giraldo y su «INSISTENCIA EN LA TIERRA»

## E

**Alberto Verón**

*Cronista Cultural*

*Periodista Universidad Tecnológica de Pereira*



n Caldas, durante los años ochenta, aparecieron una serie de poetas que poco se nombran, muy a pesar de su valor actual, del cual la posteridad podrá agregar otras calificaciones: se trata de Oscar Jurado, Edgardo Escobar, Rodrigo Acevedo, quienes en la tradicional Manizales aparecen con unos registros novedosos para su tiempo. A estos les correspondió introducir en su medio acentos de corte moderno; acentos que rompieron con la estética hispánica neoclásica representada en la primera mitad del siglo XX por Don Rafael Maya, uno de los críticos con mayor influencia en su época y quien trató de volver extensiva a la sociedad colombiana una profunda desconfianza por las voces en ascenso de la poesía modernista; voces a las cuales increpó y acusó por «**La abusiva libertad que se tomó el poeta**

al quebrantar un precepto literario, (...) indicio de que ya en el fondo de los espíritus se fermentaba una vasta revolución cuyo sentido iba a consistir en la quiebra de los ideales más caros de la humanidad. El primer verso descoyuntado indicaba que algo se había roto, igualmente, en la conciencia humana. La quiebra del ritmo silábico anunciaba un desequilibrio entre las antiguas y esenciales necesidades del alma, y la bárbara imposición de un tiempo sin escrúpulos, sin piedad y sin belleza». (1) Lo que para Rafael Maya resultaba apenas un momento coyuntural y pasajero de la poesía, ha en-

contrado a lo largo de todo este siglo un camino, que como bien lo expresa Marshall Berman (2) fue capaz de movilizar fronteras, lenguas y sensibilidades. La modernidad -no tan joven ya, con ciento cincuenta años encima- consiguió atravesar los géneros estructurados en el clasicismo y constituyó toda una serie de nuevas órbitas gracias a las cuales el ejercicio mismo de la poesía, sus acentos y sus temas se vuelven en posibilidades de comunicación.

También como Uriel mismo lo confiesa, su poesía tiene tempranos referentes en las veladas literarias que durante la década de los ochenta hiciera en la ciu-

dad Dorian Uribe González, de forma insular y espontánea. Por esas veladas pasaron Luis Vidales, Juan Manuel Roca entre otros, quienes dejaron en el ambiente de aquellos años una huella que marcaría a los cofrades de esas veladas.

Fue aquel ambiente el indicado en Manizales para acabar con la tradición clásica defendida por Rafael Maya; era una potencia nueva, dispuesta a recibir otros acentos, ritmos de la cotidianidad, de la calle, del ciudadano corriente, de los entornos urbanos.

No olvidemos la manera que esos elementos hispánicos y católicos a los que hemos hecho referencia, y los que Rafael Maya tanto defendió, tuvieron en Manizales alta resonancia, pues la ciudad era cuna de una escritura literaria a la cual se le conoció como el «Greco - Quimbayismo». Los ecos de aquella literatura, lograron disolverse gracias a la aparición de poetas signados por la estética modernista centrada en la ruptura. Pero también es conveniente sumar la presencia de un elemento aleatorio que ha cumplido papel de tónico, ya que oxigenó con otras tendencias artísticas y actitudes vitales el ambiente de la ciudad: nos referimos al Festi-



Don Jorge y el dragón

Recordamos esos aspectos, porque fue este el ambiente nutricional de una poética que se ha mantenido en su sencillez y pudor fiel a una sensibilidad: la moderna, a pesar de vivir entre una cultura de fundamentos tradicionales, en la cual se evidencian con la tonalidad de provincia las contradicciones que a lo largo de este siglo ha vivido nuestra sociedad. El diagnóstico realizado por Armando Romero (3) dibuja el ámbito del cual se desprendió la poética de Giraldo: «**La dualidad formal del pensamiento político y cultural colombiano está representada por la tendencia liberal y conservadora, que, como hemos dicho antes, remontan sus orígenes al siglo pasado. Estando el poder en manos de una clase social alta, estas corrientes, al tener que ocupar el mismo hábitat, han formado una extraña simbiosis que, así como en ocasiones ha paralizado por largas épocas, también ha generado una acción que fácilmente se confunde con el progreso (...)** La línea descolante de la poesía colombiana, la que va de Silva hasta Mito (...) ha participado íntimamente de esta contradicción o confusión dialéctica combinada, circunstancia que en cierta manera le ha permitido ver el fondo de una realidad que sufre de tantos matices culturales (...) Sin embargo, ésta es la línea abierta, universalizante, que ha logrado romper la línea estética y academizante a que estaba sometida la poesía por causa del intransigente conservadurismo de tipo hispánico».

Uriel Giraldo Álvarez, llegó en olor público de poesía en 1987, con un poemario declarado finalista por la Universidad de Antioquia. «**Al borde de la vía**», un título con resonancias de poesía «Beat», mas emparentado con la experiencia ur-

baña, con el carácter itinerante y móvil evocado por la poesía moderna. En esa época, doce años atrás, Uriel nos advertía que «**Afuera pasan cosas carros gentes**» (4). Esa advertencia alcanzaba a toda una generación de muy jóvenes poetas que buscaron en las hermosas y frías noches del barrio Chipre en Manizales un tono distinto, más ligero, menos ampuloso; en fin, esas aspiraciones que una poética temprana alberga desde el corazón de la provincia, cuando reconoce que su mundo, no es aquel de los viejos poetas caldenses, epígonos de la catolicidad hispánica de la primera mitad de siglo, sino aquel poeta que nos despierta bruscamente, «**...con el ruido puntual / de una moto que se enrumba / hacia una fábrica**». (5)

De ese primer poemario hasta llegar a la **Insistencia en la tierra**, nos encontramos con una serie de títulos «**Visiones**», **Calle 13 carrera 13**», «**Aquel amor ya nostalgia**», donde el poeta ensaya continuidad y búsqueda en las alternativas que ofrece su propia provincia, su ciudad, los particulares rasgos que la palabra traza, en los





cuales comprendemos el modo que el desgarramiento moderno aumenta de volumen en la poesía, y la manera en que esta ruta se articula en el acto de nombrar calles, intuiciones elementales convergidas en la palabra como zona elemental y franca del poema. Como bien lo escribió Jorge Hurtado, otro prosista caldense de mediados de siglo: «**La provincia fue por mucho tiempo un recodo del humanismo. Existían el ensayista, el pedagogo, el filósofo y el poeta. Las ciencias arduas tenían entre nosotros tenaces divulgadores. Había un respeto patriarcal a la inteligencia.**» (6) Esa provincia, más grande, en la que somos más

solitarios, pero con igual disposición a la belleza y al lenguaje es la que se empieza a levantar en la investigación estética de Giraldo.

Este hace parte de una generación que llega cuando poco importan las generaciones, donde diera la impresión de que los poetas se constituyen más desde el aislamiento y la incomprensión de una sociedad presuntuosa de técnica; pero donde también los poetas asumen su recodo del camino, su pequeña provincia como el espacio que les fue dado para nombrar y legitimar. De allí que la «**Insistencia en la tierra**» nos remita a mencionar dos posibles lecturas del

acto poético: la ciudad y la provincia. En ambas es la idea del espacio la que se ensancha, la que crece y sobrepasa a la del tiempo, tan cara a los presupuestos racionalistas y eficientistas. Es también la idea del espacio la que se convierte en un topos, análogo al del barrio, el parque, el transporte público. Reclamar para la poesía aquel espacio, tiene que ver con la legitimación de una tierra y unas ciudades que merecen nombrarse, desde las cuales, a través de la ventana del autobús, es posible volver a sentir las en el reclamo esencial de lo que es el paisaje primero del hombre, recubierto con las imágenes y el agregado que las lecturas sucesivas de los poetas depositan en nosotros. En palabras de Vinicius de Moraes (7): «*Es preciso, es absolutamente preciso que todo sea bello e inesperado*».

La poesía de Uriel Giraldo ha recordado a los escasos lectores de poesía en Manizales que el idílico paisaje de su ciudad ha sido poblado por mendigos que se masturban sin prisa junto a las vallas publicitarias, sobre los lotes de engorde que son preparados para la especulación financiera. También ha recordado a muchos, la dura experiencia de perder el pueblo



anclado en las montañas -Salamina, en el caso de Uriel- para marchar a la Manizales de legendarios políticos y retóricos. Esa pérdida, amarga para una Colombia campesina que se urbanizó a estallidos de violencia, e insinuaciones de consumo desde algún radio o una pantalla empotrados en lo alto de un cafetín de aldea, la evoca Uriel «...cuando llego a casa/.../ y recuerdo que en tardes calurosas / como las de estos días / al regreso de la escuela veredal / solíamos estirarnos en un prado / con divisa a todas partes/» (8).

Fue Charles Baudelaire, uno de los tempranos poetas en evocar la experiencia de la vida urbana. Como bien lo escribe José Angel Ciruello «**Quien dice París, evidentemente dice la ciudad, pues conforme, todas las pequeñas ciudades del XIX han ido alcanzando atributos parisinos (las multitudes, el dinamismo anónimo, los**

**bajos fondos...)**» (9) De allí que para cada poeta, los mayores y los menores, aquellos de las grandes ciudades y los de provincia, con su propia ciudad a cuestas, resulten propensos a que en sus versos y ritmos emerjan las palabras y evocaciones que anuncian la posibilidad no asumida del todo en Uriel Giraldo, de una poética de la ciudad.

## EL HUMOR

En la estética de la poesía moderna desaparece la distinción de aquellos temas que se podían tratar de serios y de no serios, de trascendentales o intrascendentales. Este efecto paródico y humorístico en que la poesía de Uriel se muestra insistente, nos manifiesta la mofa hacia el lugar común y seco de las estrofas clásicas de la poesía colombiana. Veamos algunos de esos preciosos ejemplos. «*Esa papada de abadesa / y ese abdomen indómito / que ya te llegó a la espalda / y sobre todo / ese par de muchachitos llorando sin decoro / detrás de tu figurita deforme / y tu aire de simpleza* / P. 41. Nos encontramos bajos los efectos de una ironía que corrompe todo alarde de enaltecer las manidas retóricas tan caras a nuestra tradición cultural: «*Ah los campesinos / tan bellas sus figuras / combadas sobre el surco / «pero «... no aquí a mi lado / en la buseta / con toda su floración / de olores elementales*». El humor en la poesía está vivamente articulado a la profanación de todo elemento sagrado, a la transgresión de las reglas artificiales. El poema se elabora en serio pero se ríe de sí; ríe del poeta, de las sensaciones y temas en que este se inspira; se burla de la aureola de trascendencia que cubriera la cabeza del poeta clásico, y que Baudelaire destrozara en el poema «*La pérdida de la aureola*». También, en esta Colombia de presuntos gramáticos, poetas de la talla de Luis Carlos

López, León de Greiff, y posteriormente Juan Gustavo Borda han realizado una poesía que se enriquece desde el humor y que extrae de la ironía la fuerza lírica suficiente para ser poema de verdad.

Walter Benjamín afirmó que *«lo poético representa la unidad sintética entre el orden intelectual y el orden intuitivo»* (10) Lo poético moderno rompe el esquema tradicional burgués de forma y contenido. Porque a la poesía sólo se le puede nombrar desde una crítica que le haga justicia al lenguaje mismo; por eso cuando Uriel escribe *«emborro cuartillas y cuartillas / buscando las palabras / para que entiendas mejor / lo mucho que te necesito / (11) no está cambiando el placer inmaterial de la palabra por el de la piel, está invitando a una continuación del texto, a una persecución de un ideal de belleza responsable de llevarnos siempre a la palabra. Se trata de una palabra que se arriesga a cruzar por este espacio donde el aura de lo clásico aparece mancillada en el suelo de los prosaismos. La palabra que se resiste a ser solo deletreada y pronunciada sino que reclama para sí el imperativo expresado por Gadamer «Ejecutar permanentemente el movimiento*



**hermenéutico que gobierna la expectativa de sentido del todo y que, al final, se cumple desde el individuo en la realización del sentido del todo».**

El sentido del todo es la comunicabilidad del texto poético, la potencia de sentir la palabra no sólo como autoría del poeta sino un caudal simbólico que es herencia colectiva de lectores.

Entonces ¿qué nos dice la poesía de Uriel Giraldo? Giraldo no oculta; explora en lo prosaico, remite, más allá de lo desocultado, el complejo hecho de dar significación al topos del amor en una provincia urbanizada por la sensibilidad moderna.

(1) MAYA, Rafael. *Obra Crítica*. Banco de la República, p. 328, p. 17.

(2) BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI editores, 5a edición. Santafé de Bogotá, 1991.

(3) ROMERO, Armando. *Las palabras están en situación*. Procultura, Presidencia de la República, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1985.

(4) GIRALDO, Alvarez Uriel. *Al borde de la vía*. Tercer Mundo, Bogotá, 1988, p. 7.

(5) *Op cit*, p. 9.

(6) HURTADO García, José. *Obras Completas*, Colección Alcaldía de Manizales e Instituto Caldense de Cultura, Editorial Blanecolor, Manizales, 1997.

(7) MORAES de Vinicius. *La vida vivida*. 1996, El Ancora Editores, Santafé de Bogotá.

(8) *Op cit*, p. 15.

(9) CIRUELLO, José Angel, José María Fonollosa, poeta de la ciudad, Tomado de *Revista Quimera*, No. 177, Febrero de 1999, Barcelona.

(10) BENJAMIN, Walter. *Metafísica de la juventud*. Dos poemas de Friedrich Holderlin, p. 138. Traducción Luis Martínez de Velasco, Editorial Altaya, p. 138, Barcelona 1995.

(11) GIRALDO, Uriel. *Insistencia en la tierra*. p. 33.

tengo ganas de no hacer  
nada nada nada  
de quedarme aquí tendido  
sintiendo el olor a pasto quemado  
que viene de algún lugar de la tarde  
viendo la huida lenta de las nubes  
ensayando formas  
donde habrá esta noche  
un naufragio de estrellas

**Del libro «Insistencia en la Tierra»**



la ciudad que yo amo  
es aquella sumergida en la niebla  
con parejas anidándose en los parques  
mientras la neblina da vueltas  
por entre los árboles  
por entre los escaños  
posándose en el pelo de los enamorados  
en los hombros en las mejillas  
en los labios  
tal vez entre nosotros  
estrechándonos  
(a propósito  
qué bien cabes  
en el hueco de mi pecho)  
y es el sol  
apareciendo apenas al atardecer

rojo furioso  
luchando entre nubes  
para iniciarnos  
en largas noches  
de caricias



Alguien fue muerto hoy  
Alguien que no estaba de acuerdo con este estado  
de cosas  
Los noticieros registraron el hecho  
con profusión de imágenes  
Los políticos en campaña lo deploraron  
y dijeron a una  
que las cosas tienen que cambiar  
La policía inició  
una exhaustiva investigación  
y sus copartidarios pidieron  
que el crimen no quede impune  
Alguien fue muerto hoy  
y sin embargo  
pasaron puntuales  
la señora de las tortas de choclo  
el carrito de la mazamorra desafiando la lluvia  
y las busetas cada tres minutos  
Pero los muchachos  
de este barrio de pobres  
hoy sin estudios por temor a disturbios  
juegan en un barranco  
cual si fuera domingo  
con una pelota  
que a cada golpe  
hay que salir tras ella falda abajo  
y uno insiste  
en elevar en abril  
una cometa  
y me hace pensar  
en alguien  
otro  
que fue muerto hoy